Carlos Martínez Rivas en el INTECNA

Javier Padilla

I

Necesitaba una traducción. Había pasado más de dos semanas en el hospital, convaleciente, deseando poder continuar mi investigación sobre la influencia del Romanticismo inglés en la poesía de Espronceda y necesitaba urgente una traducción de *Manfredo*. Necesitaba una traducción pero la infección urinaria me tenía postrado. Ya había hablado con el poeta en el INTECNA pero no habíamos quedado en nada concreto. Me había confesado estar muy familiarizado con la obra de Byron y se mostró presto al proyecto. «Tomará unas semanas, porque la estructura del verso del Lord es cosa complicada.» Luego de una larga charla sobre el uso de anadiplosis en la obra gongorina colgamos sin quedar en nada.

II

Al poeta lo había conocido en México allá por los años cincuenta. A mediados del 53 para ser exacto. Yo recién comenzaba mi doctorado en filología en la UNAN y alquilaba un cuarto ínfimo cerca de la calle Londres. De noche me perdía en la bohemiada del incipiente exilio latinoamericano y frecuentaba los cafetines afrancesados del centro. Fue en el estanco *Espoir* donde lo vi por primera vez: regente beatífico rodeado de bacantes y meretrices. El poeta presidía la mesa colmada de vasos y botellas como un arzobispo sin su mitra; multiplicaba las bebidas y declamaba de cuando en cuando octosílabos barrocos con un tono urbano y casual.

Ya con mis tragos me le acerqué, le dije que era de Managua y me confesé gran admirador de su *Paraíso*. «Déjate de formalidades y arrimá una silla paisano,» me contestó sonriente, aguardentoso. «Mejor pedite una media que ya vamos alcanzados.» Todos reímos, especialmente las pupilas descalzas que rodeaban al bardo. Ordené más botellas (Cointreau, Vermú) y luego de colmar su vaso el poeta dirigió un brindis hacia mi: «Para el paisa académico que busca su efigie en la página magra del texto. Un poco de lo ruinoso, de lo amarillento, para que vea sin sus quevedos: «Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!, / y en Roma misma a Roma no la hallas; / cadáver son las que ostentó murallas, / y tumba de sí proprio el Aventino.» Siempre se reía de mi pose de estudioso y de mis gafas» («tus cegadores anteojos antifaces») con un tono entre jocoso y despectivo.

Nos caímos bien al instante. Luego nos reuníamos todas las noches en la tertulia de exiliados del *Espoir*. Hablábamos de cosas sumamente variadas y dispares: de su nuevo libro, de Salomón de la Selva, de la tuberculosis de Keats, del *Fausto* de Nerval, de Gertrude Stein («yo soy como Melanctha Herbert») o de la trompeta efímera de Teddy Buckner. Hablábamos de cosas sin ningún orden establecido, saltándonos los nexos y completándonos las oraciones. Si yo mencionaba a Picasso el poeta me hablaba de El Greco, de su pincel «que oscila entre la oscuridad y la brillantez. Un pincel que une el entierro terrenal de la nobleza con la apoteosis del espíritu, un pincel que encierra toda la sensibilidad del barroco. Porque todo el Siglo de Oro se encierra en la dialéctica de *El entierro del conde Orgaz*. Picasso lo que ha sabido hacer es traducir el hallazgo de El Greco. Al final del día Picasso no es un pintor; Picasso es un traductor hecho y derecho. El cubismo es el triunfo de la traducción.»

Nos despedimos a finales de Octubre de 1953. El poeta regresó a los «lares tropicales» y yo me dediqué a las nimiedades textuales propias del quehacer filológico. Perdimos el contacto por mucho años. Luego de la revolución escuché que el poeta se había instalado en Granada, en el INTECNA y que le iba muy bien. En el hospital, con mi vejiga infecta, me topé con la influencia de Byron y la necesidad de la traducción. De inmediato supe a quien contactar.

III

Me dieron de alta casi tres semanas después de haber ingresado. El urólogo me recetó unos diuréticos que me aligeraban los meados y me prohibió viajar; orden que inmediatamente desentendí. Volando me fui a mi casa, recogí los poemas de Byron sin traducir, oriné un par de veces y cogí para el INTECNA. Nada en su vida había convertido tanto al poeta como su nuevo pegue. Ahora vestía de saco y pantalón de vestir y mantenía una oficinita bien aseada cerca del parque de Granada. Hasta allí me dirigí luego de encontrar un baño en un cafetín de mala muerte. Hacía calor y noté que el poeta tenía la frente emperlada de sudor cuando me abrió la puerta. «Pasá adelante, nos estamos ahogando en este cuchitril. Espérate un ratito y enciendo el aire.» El ruido estrepitoso, típico de estas maquinas friolentas, tan comunes en el trópico, invadió a la pequeña oficina. «Ajá, ¿en que te puedo servir? Pero primero que todo, ¿cómo te sentís? Me habían contado que ya casi estabas listo para la puesta en el sepulcro, que no parabas de mear.»

«Al revés, no podía orinar del todo. Me tomé unas cervezas un jueves y para el sábado ya andaba con fiebre. Así pasé tres semanas. Pero, en fin, a lo que vengo.» Saqué la copia de *Manfred*, indiqué con dos asteriscos «* *» los pasajes que me interesaban y le entregué el libro. Estaba a punto de excusarme (los diuréticos volvían a surtir efecto) cuando escuché al poeta declamar:

«La estrella de tu destino
la regía yo desde antes
que la tierra comenzara.
Era un astro nuevo y bello
cual ninguno giro antes
en torno al sol y en el aire.
Su curso, libre y armónico.
Nunca acurrucó el espacio
una estrella más hermosa.»

Raudo tiró el libro sobre la mesa. Solo se escuchaba el ruido del motor helándolo todo cuando añadió: Las traducciones son el otro

lado de uno mismo. Son nuestros otros mismos; o nuestros mismos otros. El otro lado de nosotros mismos. Otra infinidad expuesta a la censura o la befa: la otra mejilla ©